

MAURICIO WIESENTHAL

LA HISPANIBUNDIA
RETRATO ESPAÑOL DE FAMILIA

BARCELONA 2018



A CANTILADO

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2018 by Mauricio Wiesenthal González
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17346-06-5
DEPÓSITO LEGAL: B. 7921-2018

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Introducción. A Golo Mann</i>	7
1. Aire para entrar en materia	13
2. La fiebre de la <i>hispanibundia</i>	15
3. Y de los españoles ¿qué se hizo? ¿Quiénes fueron?	20
4. Una mirada sobre lo español, de puertas afuera	26
5. Para empezar, ¿nos quedan ganas?	29
6. Los casos de honra y corrupción: palabra de honor	34
7. Cuando la austeridad era una virtud hispánica	44
8. El efímero triunfo del «buen gusto»	50
9. En un lugar de La Mancha	59
10. El realismo español: hago, luego existo	69
11. La Plaza Mayor: gran teatro de la <i>hispanibundia</i>	77
12. Envidia, carcoma de las virtudes...	85
13. La justicia como pasión, o sea: la injusticia	91
14. «¡Esto es un atraco!»: aparece el bandolero	101
15. Un golfo con pocas letras pero cristiano viejo	105
16. La fuga hacia la inmortalidad: los héroes	113
17. La casta aprovechada y aprovechona: los pícaros	119
18. Velázquez, pintor antimoderno	129
19. La misma dignidad en la victoria que en la derrota	135
20. Una vida sin muerte no es una vida	141
21. ¿La muerte es una fiesta?	151

22. «El pueblo soy yo», una interpretación perversa del francés	159
23. El abandono de nuestros héroes	171
24. La Inquisición: un tribunal populista	183
25. El fracaso en la formación de la burguesía	194
26. El miedo a las distancias: los gritos nacionalistas	202
27. Hijos perdidos, polvo enamorado	209
28. Erasmo, nuestro maestro	223
29. Los planes de enseñanza: Barrabás en Salamanca	229
30. Tantos hombres sin empleo, tantos empleos sin hombre	235
31. El triunfo antes que el esfuerzo	240
32. Ese talante heroico mal comprendido	246
33. Construir puentes: una obra de caridad	257
34. La cristalina fuente	261
35. Los testigos del amor: el cielo, la mar, las arenas y este silencio...	278
36. Los instintos atávicos del tótem: la furia	287
37. Todo este teatro para acabar quitándose el sombrero	295
38. Y un poco de donaire para salir del tema	301
<i>Nota a esta edición</i>	305
<i>Índice onomástico</i>	307

INTRODUCCIÓN
A GOLO MANN

He querido que este libro no lleve otra introducción que una carta que me escribió mi amigo Golo Mann, hace muchos años, cuando tuvo la paciencia de leerlo en su primer esbozo.

Guardo algunos recuerdos de Golo, hijo de Thomas Mann. Se distinguió como historiador y fue un notable hispanista, aunque este detalle sea menos conocido. No en vano se le considera uno de los mayores ensayistas del siglo xx, y su biografía de Albrecht von Wallenstein es lo mejor que se ha escrito sobre este fascinante personaje de la guerra de los Treinta Años, tan injustamente tratado por los españoles.

Alguna vez visité a Golo en la casa de Kilchberg, a orillas del lago de Zúrich, donde había vivido con sus padres: Thomas y Katia Mann, aunque fue con ella con quien estubo más unido. Golo tenía un sentido noble de la amistad y, en sus gestos de cordial sencillez, era fácil adivinar cuánto había sufrido con el carácter colérico, severo y autoritario de su padre. Cuando iba a Suiza a ver a mi familia procuraba visitarle, porque sabía que disfrutaba hablando de España, hasta tal punto que se «disgustaba» si pasaba sin saludarle. Yo era sólo un escritor joven y no quería abusar del tiempo precioso de mis maestros.

No he olvidado la manera en que me relataba su fuga dramática desde Francia hasta Lisboa, a través de España. Le acompañaban su tío Heinrich Mann con su compañera Nelly, y Franz Werfel («iluminado como la música de Mozart», lo llamaba él), que huía con su mujer Alma Mahler.

En la Francia invadida por los nazis corrían el peligro

de ir a parar a campos de internamiento. Pero, al cabo, pudieron escapar gracias a la ayuda del periodista estadounidense Varian Fry, que estaba en contacto con Erika Mann, la hermana de Golo, y ayudaba a los refugiados. Al éxito de la fuga contribuyó la permisividad de los españoles que hicieron la vista gorda al revisar aquellos pasaportes y salvoconductos en los que había muchos nombres cambiados. Por ejemplo, Heinrich Mann aparecía como Heinrich Ludwig. Juntos cruzaron los Pirineos por Port Bou, haciendo luego el trayecto en tren—¡quince horas!—desde Barcelona hasta Madrid. En algunas etapas de su éxodo encontraban a Friderike Zweig con sus hijas, sus yernos y su perrito, que hacían el mismo camino hacia Lisboa.

Recuerdo cómo Golo me relataba los lamentos y suspiros de su idolatrado tío Heinrich cuando subían las pendientes de los Pirineos, escapando hacia la frontera española. «¡Como si fuésemos criminales!», se lamentaba el viejo y ya torpe Heinrich, mientras Nelly, que era muy supersticiosa, no cesaba de gritar: «¡Es viernes trece!» (era el 13 de septiembre de 1940). Caminaban por el sendero abrupto y sinuoso sobre la costa catalana, entre piedras y matorrales abrasados por el calor. En cuanto divisaron las cadenas que protegían la Aduana de España se abrazaron emocionados. Afortunadamente la memoria borra las imágenes más dramáticas de nuestra vida (la carretera estrecha con las vías del tren, la iglesia, el pueblo en ruinas con los escombros de la guerra civil española) y, al cabo de los años, Golo sólo recordaba el azul del mar y los barcos de pesca. Evocaba con una sonrisa melancólica que, en aquella jornada sofocante que olía a vendimia dulce, había tenido la sangre fría de alejarse del grupo para bañarse en la luminosa playa, mientras sus compañeros de desventura le creían preso o perdido. Walter Benjamin, unos días más tarde, no tendría

fuerzas para superar este camino y moriría—enfermo, alucinado y proscrito—en una fonda de Port Bou.

Por último, llegaron cinco días más tarde a Estoril, donde permanecieron un mes, hasta que consiguieron embarcarse en la nave griega *Nea Hellas*, que los llevó a Nueva York. Friderike Zweig, que había encontrado más dificultades al organizar la huida de su grupo familiar, atravesó la frontera española por El Pertús. La ayudó en su fuga un sacerdote español que conocía al comisario jefe del puesto fronterizo español, ya que daba clases particulares de latín al hijo de este funcionario. Acompañados por el párroco y su hermana salvaron los escarpados senderos de montaña hasta la aduana española, donde les facilitaron los trámites. Al cabo de muchos años, Friderike recordaba todavía la cena «maravillosa» que les habían servido en la fonda de Figueras y cómo habían «celebrado la libertad con el agradable vino de las vides españolas». Luego siguieron viaje hasta Madrid y Lisboa, donde finalmente consiguieron un pasaje en la *Nea Hellas*, la misma nave donde viajaban sus amigos. Y así describió ella la travesía en su libro *Spiegelungen des Lebens (Destellos de vida)*.

El *Nea Hellas*, un paquebote ya viejo y nada parecido a un barco de lujo, estaba literalmente repleto de europeos. Transportaba una gran cantidad de bienes intelectuales, si contamos a los escritores. Casi todos ellos viajaban en primera clase; mis hijos, *Schuschu* [el perrito] y yo íbamos en segunda, en condiciones muy aceptables. Por ese motivo—la diferencia de pasaje—, hasta las últimas horas de la travesía no vi a mi estimado Franz Werfel, que sentía por mí gran afecto. Lo vi paseando por la cubierta superior, en una noche de luna resplandeciente, cuando subí a enviar un cable por radio, a Río [donde, en ese momento, se encontraba su exmarido, Stefan Zweig], en el que anunciaba la inminencia de nuestra feliz arribada.

En el puerto de Nueva York los esperaban Thomas Mann, Carly y Lizzi Zuckmayer, y unos parientes de Friderike Zweig que habían ido a buscarla, porque también ella—que había cruzado la frontera española por El Pertús—viajaba ese barco.

Cuando me hablaba de su fuga a través de España, Golo Mann contaba que todos llevaban cigarrillos para «comprar» a los aduaneros o conseguir favores en los pueblos. Alma Mahler, la más previsora, llevaba en su bolso sellos de correos, que se consideraban un valor seguro, y—como último recurso para conseguir dinero—escondía una partitura manuscrita de Schönberg que había heredado de su primer marido, Gustav Mahler.

Golo reía cuando yo le explicaba que escribiría un artículo titulado «El bolso de Alma Mahler», porque siempre he bromeado diciendo que los hombres fuimos más prácticos confiando en los bolsillos, pero debo reconocer que hay momentos en que sobrevivir depende de «un bolso». Hay que decir también que el espíritu de mundo de Alma Mahler le ayudaba tanto como su bolso, y—movidito por la admiración que despertaba aquella mujer inteligente—el propietario del Grande Hotel Italia de Estoril, donde permanecieron alojados un mes, no quiso cobrarles nada.

Después de vivir refugiado en Estados Unidos, Golo Mann regresó a Europa, fue profesor de universidad y un partidario fiel del socialismo democrático, aunque le preocupaba la infiltración de las ideas comunistas y los populismos estudiantiles en los valores de la izquierda humanista. Creía en la justicia, con esa fuerza y resolución admirables que, muchas veces, distingue a los que han sido rechazados, desamparados o maltratados. Por eso su modelo literario era Schiller, más que Goethe; escuela que se nota incluso en su estilo directo y dramático, bien di-

ferente de la estética goethiana de frases largas que cultivó su padre.

Volvió a España en muchas ocasiones, llegando a sentir un afecto muy verdadero y especial por todo lo español. Quiero dejar constancia de su conocimiento de la historia de España y de su cariño por la lengua española, que leía, hablaba y escribía con notable soltura. Creo que el recuerdo de su terrible aventura de exilio nunca se borró de su memoria y fue la base de su devoción por nuestro país.

A manera de presentación incluyo aquí la carta que me escribió hace más de treinta años, después de que leyera el primer esbozo de este «pequeño ensayo». Escribía a máquina y corregía en tinta negra los errores, incluidos la tilde de las eñes y algún acento. Transcribo la carta tal como la conservo en su original, sin corregir minucias, para que se vea su dominio del español. Me emociona ahora considerar—son cosas que los amigos más jóvenes no piensan cuando se encuentran con los mayores—que tenía un sentimiento final ya de la vida (pese a que viviría aún más de diez años) y que sentía su amor por España como una última mirada sobre la Tierra Prometida.

GOLO MANN

8802 Kilchberg am Zürichsee

Alte Landstrasse 39

3 de octubre de 1983

Mi distinguido amigo:

Muchas gracias por su carta y su generoso regalo. Pero fue una grande falta suya no visitarme cuando estaba en Kilchberg. Cada uno español está el bien venido aquí. España está mi último amor, amor tardivo y casi lo que la tierra prometida fue para Moïses: la miró de lejos y murió...

INTRODUCCIÓN

Conozco un poco la Castilla, la Extremadura, la Andalucía; un poco, digo; y ya es todo. Como tengo la desdicha de ser un escritor alemán no puedo dedicar mas que una hora, al mejor dos, a lecturas en castellano: El País, novelas, historia, todo. Y, una vez en dos años, un viaje de dos semanas. Está bien poco, verdad?

Leí durante algunas largas veladas su «pequeño ensayo». Pequeño? No, es un libro entero y muy rico, en la tradición de Ortega y de Madariaga: una combinación de historia, descripciones y pensamiento personal. A mi me muestra otra vez cuanto todavía tendría que ver y estudiar antes que pudiera afirmar que conozca a España. Es una realidad inmensa historicamente y en su presente. Los que lo niegan [...] son para mi fanaticos ciegos o locos. Afortunadamente hay Hispanoamerica [...]

Con saludos afectuosos

AIRE PARA ENTRAR EN MATERIA

Hay cosas muy sustanciales que se acometen improvisadamente, sin proyecto y sin cálculo, dejando que el ánimo se vaya estimulando con la aventura de crear y de vivir, que «va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear».

La lengua española, que tiene muchos sinónimos para el verbo *proyectar*, no ofrece antónimos de esta palabra que no sugieran el «desatino», el «dislate» o el «despropósito»; a pesar de que una aventura, por haberse realizado sin proyecto, no es forzosamente un disparate, ni lo mejor y más verdadero de la vida proviene de un designio. Y como improvisadamente y sin proyecto se hizo—mejor o peor—España, así he intitulado este ensayo: *La hispanibundia*.

Los filólogos encontrarán en esta invención léxica las resonancias de la desinencia *bundus*, tan significativa en ciertas voces latinas como *tremebundus*, *errabundus*, *meditabundus*, *furibundus* o *moribundus*. En español tenemos los adjetivos correspondientes (*tremebundo*, *errabundo*, *meditabundo*, *furibundo* o *moribundo*), aunque nos faltan los sustantivos (*tremebundia*, *errabundia*, *meditabundia*, *furibundia* y *moribundia*).

La palabra *hispanibundia* me gusta porque es sonora y deambula con andar airoso, al par que vela con un *sfumato* confuso la crueldad racionalista que tienen los conceptos demasiado precisos. Es, simultáneamente, la percusión y el eco, la acción y la pasión. Yo diría que algunas voces, en cuanto trasponen el horizonte de la cordura, echan a andar,

pletóricas y libres, convertidas en *undus* (en *undae*, ‘ondas’, yendo al origen etimológico).

Para comprender lo que significa la *hispanibundia* hay que aprender a captar eso tan sutil y tan volátil que los españoles llaman «el aire». Una catedral, por ejemplo, puede ser de estilo gótico y tener un *aire* siniestro. De una persona cabe decir que se distingue por su *aire* aristocrático, y cualquiera puede *darse un aire* de lo que no es, mostrando vanidad o impostura. Dos hermanos comparten *un aire de familia*. Al gesto elegante o inspirado se le llama *airoso*; al desprecio le llaman *desaire*, y a la gracia le colocan delante esa partícula protocolaria que antecede en español a los nombres de persona—don Luis, don Jorge, don Felipe—y la llaman *donaire*.

El aire, espíritu sutil, es un símbolo más de la imprecisión *hispanibunda*. Puede ser cualidad importante para los efectos del arte y de la mística, y lo mismo un defecto cuando la ciencia se contagia de esa misteriosa inspiración:

—Doctor, me duele el hígado. ¿Cree usted que es algo grave?

—No sé; esto tiene *aire* de ser una hepatitis.

Uno de nuestros artistas más grandes, Velázquez, ha pintado el aire. Y la cumbre de nuestro barroco—pensemos, por ejemplo, en el *Transparente* de la catedral de Toledo—es un intento magnífico de orquestar las formas en el escenario del cielo. No hay clásico de nuestras letras que no se haya engolfado en el aire y en sus auras.

«Bien verdad—dice don Quijote, después de vivir la aventura de Clavileño—que sentí que pasaba por la región del aire, y aun que tocaba a la del fuego, pero que pasásemos de allí no lo puedo creer».

LA FIEBRE DE LA «HISPANIBUNDIA»

Es posible que la *hispanibundia* no sea más que la «*vehementia cordis*» ('vehemencia del corazón') que, según Plinio, distinguía a los hispanos; o aún mejor, a los habitantes de las *Hispaniae*, pues el sabio romano utilizaba a menudo el plural para «las Españas».

Con *hispanibundia* reaccionaron los teólogos de la Contrarreforma frente a las tesis nacionalistas de Lutero. No fueron precisamente comedidos nuestros capitanes y nuestros tercios en la represión de los tumultos de Flandes. Y, sin embargo, los españoles empeñaron toda su fortuna material en esa empresa. Para un español de aquel tiempo era difícil vivir en un patio interior—por bello que fuese—cuando el alma le pedía subirse a una torre o a una gavia para ver el mundo.

Movidos por la fiebre de la *hispanibundia*, por la quimera del oro, el apetito de honra y el deseo de vivir, se aventuraron los conquistadores en los desiertos, en las santas cordilleras y en las selvas del Nuevo Mundo, desmandándose a todo y a más. Dejamos en estas aventuras tanta vida que quedamos para siempre heridos. Aun después de haber perdido las últimas colonias en 1898, guardamos tal rencor a nuestras instituciones y desarrollamos tal odio entre españoles que las rencillas culminaron en una guerra civil.

La *hispanibundia*—la falta de decisión y tino en los gobernantes—, aliada a los vientos tempestuosos, arrojó a nuestra Invencible contra las costas de Gran Bretaña y de Irlanda.

También, a veces, el sentimiento de la *hispanibundia* se

expresa unido a la indignación y el furor. Y con un dolor *hispanibundo* se escribieron las mejores páginas de nuestra literatura.

Hispanibundo (furibundo en la confusión) se sentía don Quijote mientras se enfrentaba a los molinos de viento, creyéndolos gigantes. *Hispanibundos* se sienten nuestros místicos, en cuanto les importa más recoger su alma en oración que estar o no estar a las puertas de la muerte. *Hispanibundo* es Sancho cuando reclama el gobierno de su ínsula, sin otros méritos que saber recitar el *Christus* de memoria. *Hispanibunda* y golfa es la vieja Celestina—a un fin llamada y a otro venida—, que remienda amores, busca dineros, argumenta consejos y ensarta intrigas. «Fiel pintura de las costumbres nacionales», llama Menéndez Pelayo a esta pieza maestra de nuestra literatura.

La *hispanibundia* es la energía vibrante que produce el español al vivir, ya se crea o no español, lo acepte o no lo acepte; ya se encuentre en el exilio forzado o pretenda ser extranjero en su patria y extraño a los suyos. La *hispanibundia* no es un rasgo premeditado, sino una expresión irreprimible de la condición de español, que se hereda más por pertenecer a una patria que por formar parte de una nación. Hasta el punto de que todos los pueblos de España—por muy atinados y sensatos que pretendan ser—se vuelven *hispanibundos* en cuanto se les toca el delirio quijotesco de sus bandos, la tarasca de sus localismos o el asunto descomunal de sus caballerías.

El ímpetu de la *hispanibundia* nos llevó a dar más importancia a la acción que al pensamiento. Y ese mismo empuje se manifiesta, en nuestras épocas de decadencia, como una implosión, con una reacción terrible que nos lleva a soportarlo todo, hasta que reventamos en el dolor, en el silencio y el daño. En ese trance de rompimiento y quiebra no te-

nemos ni siquiera las fuerzas que otros pueblos encuentran para hacer una revolución, sino que escribimos miles de páginas indignadas, nos destruimos en la confusión y en la blasfemia, nos mortificamos en el orgullo herido, abjuramos de nuestra memoria—la única madre que puede salvarnos—, no entendemos otra forma de independencia que no sea la separación y derribamos todo cuanto creímos y creamos juntos.

Ante cualquier revés—la derrota de la Invencible, la pérdida de las colonias, el Desastre de Annual—producimos una generación de indignados, despreciamos a los maestros de nuestro pensamiento y buscamos en cualquier parte, a cualquier precio, unas ideas que flagelen nuestro complejo de culpa con cuatro sentencias mal aprendidas de Erasmo, de Voltaire, de Hume, de Hegel, de Nietzsche o de Bakunin.

«Contra lo que creen las nuevas generaciones—decía Claudio Sánchez-Albornoz—, no es posible cambiar repentinamente a los pueblos de Occidente mediante un proceso revolucionario. El pasado se venga del intento de extirparlo y vuelve al cabo triunfante a la vida».

Los hombres y los pueblos están condenados a repetir sus errores cuando creen haberse liberado de ellos. Y, como español, nunca me he sentado en un tribunal—ni tan sólo en una tertulia de café—sin preguntarme mil veces: ¿no estaré formando parte de la Inquisición?

«Los hechos de la historia no se repiten—escribió Ramón Menéndez Pidal—, pero el hombre que realiza la historia es siempre el mismo».

Como no sabemos entender que la tradición es un tesoro compartido—un ideal que da sentido a nuestra vida, presta coherencia a nuestra memoria y nos une a nuestros mayores—, la sobrellevamos como una «obligación» moral y psicológica, hasta que ese peso lastra nuestro ánimo y en-

sombrece nuestro carácter dejándonos una sensación de escepticismo, desencanto y cansancio.

Todos los pueblos necesitan mitos y maestros, pero en España y en Hispanoamérica, en cuanto caemos en el delirio *hispanibundo*—la quimera de que en cualquier lugar del pueblo hay un caudillo—, no elegimos a nuestros héroes por sus méritos, sino que somos capaces de rendir culto a un gañán brutal que se presenta con ademán soberbio y modos chulescos como conductor del rebaño.

Los vicios de la vieja burocracia imperial se heredaron también en la democracia, aunque se disfrazasen bajo las apariencias honrosas de los partidos políticos. «Tantos hombres sin empleo, tantos empleos sin hombre», decía el virrey Juan de Palafox y Mendoza—honrado hasta el desencanto, navarro hasta la santidad—observando el panorama español de su tiempo.

Muchos de los héroes de la Conquista pasan por nuestra historia como siluetas fantásticas de un sueño calderoniano «que al soplo menos ligero del aura han de deshacerse». Son figuras errantes, y a menudo también erradas. Porque el verbo *errar* tiene en español, como en latín, una sutil ambigüedad semántica, y significa lo mismo vagabundear que caer en el error. «Yo pecador mucho errado», decían los españoles al confesarse en antiguo romance. La *errabundia*—¡qué bella palabra en Tito Livio!—forma parte de la misteriosa condición del español *hispanibundo*. Porque vagabundear es un modo de vivir que conduce fácilmente al extravío.

Extraviados viven los grandes locos de nuestra literatura. Vagabundos y erráticos son nuestros pícaros, que no respetan ni siquiera la memoria de sus madres. Engañando medran nuestros miserables burladores. «Hombre de burlas, el que tiene poco valor y asiento», llama Sebastián

de Covarrubias a los que no sólo engañan, sino que consideran que el mofarse de su víctima es símbolo de superioridad mental. Y en esa definición vemos cuán bajo cayó el español en el desconcierto de su *errabundia*, convirtiendo en héroe de su teatro a un «burlador» y en heroína de su picaresca a una lozana «burladora».

Estoy convencido de que los pueblos sólo pueden cambiar cuando se esfuerzan por conocer su historia y por enderezar sus instintos colectivos. Y por eso desconfío mucho de estos nuevos iberos, que se creen tan diferentes de sus abuelos, y ya no se preocupan ni siquiera de aprender su pasado. De la misma forma que desconfío de ciertos catalanes, gallegos, andaluces o vascos que quieren ahora escribirse una historia nueva—¿sería mejor decir una hagiografía?—olvidando que buena parte de lo que se llama Historia de España fue también escrita por ellos.

La historia medieval de los reinos independientes de España fue la que fue. Y, para bien o para mal, después de aquella Edad Media sólo algunos seguimos viviendo en la misma tierra... Digo sólo algunos porque moriscos y judíos asumieron el dolor de la diáspora, mientras que los «otros» nos quedamos incluso con la parte que les pertenecía. Sólo judíos y moriscos tendrían hoy derecho a reivindicar una porción moral de los antiguos reinos de España, sin asumir responsabilidades en una historia posterior que no escribieron, porque les negamos ignominiosamente la posibilidad de hacerlo. Los demás (gallegos, leoneses, balears, valencianos, aragoneses, navarros, murcianos, cántabros, castellanos, vascos, catalanes, andaluces, manchegos, asturianos, extremeños o canarios) tenemos que rendir cuentas de lo que hicimos en un negocio común que ha durado varios siglos. Sobre todo si se trata de hacer balance para declarar esta sociedad en disolución o en quiebra.